

SÁTIRA.

Si natura negat, facit indignatio versum.

JUV. SAT. I. V. 79.

Si la naturaleza me lo niega,
la misma indignacion me hará hacer verso.

JORJE PITILLAS.

Caro Menancio, la sonante lira
pulso otra vez, de cólera ajitado,
para cantar el estro que me inspira.

Mas no será de Amor el dulce agrado;
no de la Cipria Diosa los placeres;
no de Liéo el néctar celebrado.

Oir tampoco de mi voz esperes
de algun guerrero bárbaras proezas,
que en su historia sabrás, si la leyeres.

Ni aguardes que las nítidas bellezas
encomios oigan de mi rudo acento,
hoy negado á dulcísimas ternezas.

Ni menos que en bucólico instrumento
cante el arroyo, el prado, y bellas flores,
ni el sol en la mitad del Firmamento.—

Otro diga del Ciego los ardores;
otro de Venus la delicia suma;
otro del fiero Marte los rigores. . .

Que aunque algún malicioso se presume
que á censurarle voy, sátira amarga
fulminará, y no más, mi airada pluma.

Ni el rico escapará la recia carga
si es vicioso, que entonces no me paro
en si sayal le cubre, ó fina sarga.—

Mas déjame gritar contra el avaro
que cobra al infelice cien por ciento,
y á su ruina le arrastra sin reparo.

¡Oh si del pobre Sísifo el tormento
sufrieran cuantos hay! Yo les veria
padecer y rabiarse, sin sentimiento.

¡Pluguiera á Dios! y entonces estaria
libre el mundo de tales sanguijuelas. . .
Mas ¡qué digo? . . . Aun así les hallaria.

Hallárales, no hay duda, y á gabelas;
que este mal tan atroz no se corrije
mientras haya en el mundo francachelas.—

El cambio mercantil así lo exige:
no hay venta, no hay contrato sin usura. . .
Cada cual tras el oro se dirige.—

Tambien ¡qué horror! se vende la hermosura,
y al interes se ve sacrificada,
y manchada por él la fe mas pura.—

¡Oh maldito dinero! ¡Infortunada
hora en que fuiste al hombre conocido,
y por tí la avaricia cimentada!

Desde entonces el bueno es perseguido:
desde entonces nos cerca la desgracia:
desde entonces el mundo está perdido.

Desde entonces hay robos, hay falacia,
fraudes, engaños, riñas, y traiciones,
y asesinatos hay, y aristocracia.

Tambien letrados que por cien doblones
venden ¡qué infamia! venden la justicia,
y trastornan un pleito á dos tirones.

Desde entonces se anida la malicia
en el humano pecho, y triunfadora
desde entonces se ostenta la injusticia. . . —

Esclavo del dinero que atesora
el avariento, su existencia pasa
y mil amargos sustos en un hora.

Y cuando más tranquilo lo repasa,
llega la muerte, y . . . se llevó el demonio
su caudal, sus proyectos, y aun su casa. —

Buen ejemplo nos da don Apolonio,
que dejó diez millones en dinero,
de su gran latrocinio testimonio.

Que apenas de su muerte un mes entero
fué pasado, volaba repartido
su caudal tantos años prisionero.

El sucesor gastaba sin sentido,
como aquel que sudores no le cuesta,
como aquel que ganarlo no ha sabido.

Tan súbito cual tiro de ballesta
la *oculta* caja se quedó vacía
del caudal, de que nunca fué repuesta.

Magníficos *birloches* ya no habia,
ni caballos despues, ni aquel mudarse
de asiáticos adornos cada día.

Se acabaron los bailes, y el estarse
jugando en un burdel la noche entera;
y cuando no ganaba impacientarse. . .

Sus *amigos* despues ¡quién lo creyera!
del necio huian más que del furioso,
hambriento lobo, tímida cordera.

Abandonado ya, triste, andrajoso,
perdió, con el honor, el poco juicio
que le quedó en su estado vergonzoso.

Émulo del trabajo, sin oficio,
aumentó de los vagos la cuadrilla,
del artesano pueblo gran perjuicio.

De ciudad en ciudad, de villa en villa,
cual otro Caco pérfido, corriendo,
de la virtud escelsa fué mancilla.

Hasta que en suma, amigo, un caso horrendo
al traste dió con ese miserable,
sin honra, en un cadalso pereciendo. —

¡Oh sed del avariento abominable!
¿De qué sirve apiñar tan gran tesoro?
¿Para comprar un fin tan execrable? . . .

¡Cuántas desdichas nos produce el oro!
¡Oh, y cuántas veces precipita al hombre!
¿Cuántos por él perdieron el decoro! . . . —

Pero ¡ay Menancio amigo! . . . no te asombre
que triste me lamente, contemplando
que ya de la virtud no se oye el nombre.

¿Dónde buscarla? . . . Dime. . . ¡Oh siglo infando,
en que al colmo llegó nuestra desgracia;
siglo en que la molicie está triunfando! . . . —

Ayer ví á mi vecina doña Engracia,
que no ha dos meses enterró al marido,
caricias admitir con suma gracia.

Falsas caricias de un casado, herido
más de las onzas que la viuda tiene,
que de los fieros dardos de Cupido.

Así medra el bribon, y se mantiene;
y despues, léjos de ella, ardiente jura
eterno y fino amor á doña Irene.

A doña Irene, escuálida figura,
que causa más horror y más espanto,
que el torpe vicio á la virtud más pura.

A esa enemiga de himeneo santo,
que empobreció más hombres en su vida,
que los que perecieron en Lepanto.

A esa mala mujer, que, enfurecida,
hizo gran guerra al sexto mandamiento,
siendo su casa de maldad guarida.

A esa protesta amor, siempre sediento
del oro infame, que chupara astuta
á los que lloran ya con escarmiento. —

¡Oh edad, edad viciosa y disoluta!
 ¿Dónde, Augusta virtud, tu asilo tienes?
 ¿Dó se alberga el mortal que te disfruta?

Huyeron ya los sacrosantos bienes,
 huyó la dulce paz encantadora
 del mundo, que te mira con desdenes.—

Vino en pos la maldad, la corruptora
 relajacion con ella; y ya tan solo
 domina el interes que el hombre adora.—

¿Dónde podré vivir que no haya dolo?
 ¿Dónde, que al hombre honrado no se ofenda?
 ¿Qué pueblo sin maldad alumbró Apolo?

¿Adónde iré que la verdad se entienda?
 ¿Dónde, que libre esté de tanto insulto?
 ¿Dónde, que la nobleza no se venda? . . .

¡Dichoso aquel, que para siempre oculto,
 la vida pasa de zozobra exento,
 sin rendir al poder forzado culto!

No sonará en su oído el torpe acento
 de un déspota execrable, que ambicioso
 quisiera esclavizar el raudó viento.—

„Yo soy, clama en su ira, el *Gran Coloso*,
 ante quien todos deben humillarse,
 y velar por mi dicha y mi reposo.”—

Oyele blasfemar, desesperarse,
 cuando el pobre sirviente, á quien oprime,
 no le inclina la frente al acercarse.

Hasta su misma esposa tiembla, jime,
 condenada á perpetua servidumbre,
 y en su faz el dolor la huella imprime.

¡Monstruo infernal! Del Dios de mansedumbre
 teme el justo castigo. . . . El hondo abismo
 mira abierto á tus piés. . . . No te deslumbre

El oro. . . . No te ciegue el despotismo. . . .
 Habla á tus semejantes con blandura,
 pues hijos son de Dios, como tú mismo.—

¿Quiéres ser conde? Pues juntar procura
 gran caudal, que, aunque no bien adquirido,
 te hará *señor, y noble, y*. . . .—¿Qué locura!—

No la tiene por tal el engreído,
 grave marques, que fuera no hace un año
 con la raza del pueblo confundido.

Vimosle ¡qué baldón! vimosle antaño
 siervo soez de infame palaciega,
 y *título* le vemos en ogaño.

El que le despreció, sumiso llega
 á su presencia ahora, y al hablarle,
 con timidez los labios ya despega.

Un sátrapa, que vive de adularle,
 á cuantos van á ver al *señoría*,
 díceles:—“esperad: voy á avisarle.”—

Al que es pobre, con grande altanería
 previene en la ancha puerta de la sala,
 que debe dar á su *señor usía*.

Otras veces un banco le señala,
 y—“está ocupado, dice; tome asiento;”—
 y cuatro horas le tiene en la antesala.

Entra al fin; y el marques con brusco acento:—
 “¿Qué hay; qué se ofrece?—Grita; y ni siquiera
 una silla le da por cumplimiento.

Si demanda merced, como una fiera
 el bárbaro responde:—“¿Piensa acaso
 que puedo yo servir á un cualesquiera?

¡Oh atrevimiento! . . . ¡Abur! . . . ¡Miren que caso! . . .
 ¡Vamos! ¡Lárguese presto!—Y confundido
 sale el pobre de allí más que de paso.—

¿Quién no maldice, quién, haber nacido
 en siglo tan atroz, tan depravado,
 el corazón de cólera encendido?

¡Oh siglo, oh corrupcion! Menancio amado,
 si cual yo no te afliges, pon la mente
 y contempla cuán triste es nuestro estado.

¿Y quieres que no lllore y me lamente,
 y que á satirizar no me disponga,
 siendo á tanta perfidia indiferente?

Pues no, no lo he de ser, así se oponga
 la caterva de vándalos impía,
 y nunca su ira contra mí deponga.

Y si acaso la grave Musa mia
medrosa aquesta vez me abandonára,
no por eso, Menancio, callaria.

Pues mientras llore la virtud preclara,
la misma indignacion me hará hacer versos,
y antes me diera muerte, que callára.

Diversos son los hombres, y diversos
los pensamientos son, y diferentes
los modos de aterrar á los perversos:

Y aquel que no abomine á tales entes,
quien los aplauda, viva deshonrado,
é indigno de habitar entre las jentes.

Mas no el que ya de cólera inflamado,
y ardiendo por la patria en noble celo,
les dispare mil tiros denodado.—

Si por desgracia mi ferviente anhelo
no consigue el intento, quedaráme
de haberlo procurado el gran consuelo.

Ni callaré, Menancio, mientras inflame
mi pecho un rayo de la luz febea,
y sangre por mis venas se derrame.

Pues si atacando al vicio se *recrea*
mi lengua, *roedora, y viperina,*
¿cómo pretendes, di, que hoy muda sea?

¿Quieres que calle cuando ya camina
el inesperto vulgo, incautamente,
al término fatal de su ruina?

¿Quieres que calle cuando ya doliente
jime la humanidad con triste acento,
anegada la faz en lloro ardiente?

¿Cuando se alza orgulloso el opulento
sobre el *débil* mortal, su semejante,
si por riquezas no, por nacimiento?

¿Y esto pretendes tú? . . . Quien tolerante
no fulmine mil sátiras ardido,
mil rayos le confundan del *Tonante*. . .

¿Mas quién tolerará que, siempre henchido
de orgullo el poderoso, al pobre ultraje,
porque igual la fortuna no le ha sido?

Más valiera, Menancio, ser salvaje,
y vivir en las selvas sin morada,
que sucumbir á tanto vasallaje.

Allí á lo menos mírase ignorada
esta ambicion de mando y de riquezas,
que son cual humo al fin de la jornada.

No allá con aprendidas sutilezas
se roba, ni se engaña; ni discreto
un infame amancilla las bellezas.

No allá veráse un vil don Aniseto,
grave, ceñudo, tonto, á cuyo lado
es mas fuerte y rollizo un esqueleto.

Que en la maldad el pérfido cebado,
se complace en mirar al infelice
padecer á sus plantas humillado.

Al cual en su interior, riyendo, dice:—
“sucumbe al gran poder que me da el oro;”—
mientras que el desdichado le maldice.

¿Y cómo adquirió el vil tan gran tesoro?
Robando á su placer impunemente,
á costa de su crédito y decoro.

Del polvo hasta el pináculo eminente
subió de la grandeza cortesana,
do inviolable se juzga y prepotente.

Mientras su virtuosa y tierna hermana,
y aun su madre infeliz, de hambre fallecen,
víctimas tristes de la suerte insana.

Y en tanto que las miseras carecen
de un pedazo de pan, veinte queridas,
que regala aquel bárbaro, enriquecen.

¿Y á tal monstruo mil furias encendidas,
del suelo, que profana, no arrebatan,
y le arrojan al orco enfurecidas?

¿Y á esos viles, que al mísero maltratan
rodean sin cesar los palaciegos,
y, cual si fueran dioses, les acatan?

¿Hasta cuándo será que cual borregos
se dejarán hollar los ciudadanos,
sin sacudir el yugo, de ira ciegos? . . .

¡Oh siglo atroz!... ¡Y hermanos contra hermanos
batallan, irritados cual leones, ...
dejando en paz dormir á los tiranos? ...

Deteneos, incautos campeones,
y á los déspotas solo haced la guerra,
destrozando sus timbres y blasones. . .

¡Perezcan! . . . No dejéis sobre la tierra
ni vislumbre de que ellos existieron;
que la patria al abismo les destierra. . .

Uníos, compatriotas, cual se unieron,
con lazadas de amor, nuestros mayores
cuando de libertad el grito dieron.

Imitadles. ¡Sucumban los traidores!
Respire ya la devastada España,
víctima de flaquezas y rencores. . .

¡Qué! ¡dudais? . . . ¡Quién contiene vuestra saña?
¡Ya el honor de los héroes no os alienta!
¡A quién teméis en tan gloriosa hazaña?

¡No escucháis de la patria macilenta
el clamor, los jemidos? . . . ¡Ah cobardes! . . .
¡Y sufrireis inmóviles tanta afrenta? . . .—

Llora, España infeliz, llora y no aguardes
que tus hijos te salven de la ruina.
En vano por su gloria en celo ardes.

Ya olvidados de tí, no les domina
mas que el vil interes, viles deseos. . .
Ya la virtud al bien no les inclina. . .—

*Gocemos hoy. En muelles devaneos
vivamos, y en los vicios; y aunque el diablo
nos lleve al fin, llamándonos ateos.*

¡Yo esponer mi pellejo? ¡Guarda Pablo!
¡Perderme por la patria? No en mis días. . .—
¡Calla, impostor soez!—*La verdad hablo.*—

¡Le has oído, Menancio? ¡Y lo creerías? . . .
Pues como ése discurren casi todos,
encerrados en lúbricas orgías.

¡Y dirán que descende de los godos?
¡Y del Cid inmortal hijos se llaman? . . .
Callad; no blasfemeis, hombres beodos.

¡Y estos son los patriotas que difaman
á los jenios ilustres? ¡Y el gobierno
les premia porque así contra ellos claman?

¡Qué más pudiera hacer un padre tierno
en pro del hijo suyo idolatrado,
que fiel le sirve con amor eterno? . . .—

*Triunfe el que pueda. ¡Muera el hombre honrado!
¡Viva el desórden! Y, aunque un santo sea,
¡maldito el buen patriota, y execrado!*

¡Maldito quien se empeña que de Astrea
veneremos las leyes! . . .—¡Eh? No hay medio.
¡Qué se puede esperar de esa ralea;

De ese enjambre de pillos? . . . ¡Y sin tedio
quieres que viva yo, Menancio mio,
cuando al mal de la patria no hay remedio?

¡Ah! No es posible, no. Si el hado impio
contra España su cólera descarga:
si llora, esclavizado su albedrio:

Si cada vez su cuita es mas amarga:
si pesa sobre sí bárbaramente
de vicios y de horrores luenga carga:

Si jime el pueblo sano é inocente:
si contra los traidores se querella; . . .
¿podré tranquilo estar? No. Eternamente

Lamentaré su mal, junto con ella;
y lloraré sin fin, que no es desdoro
llorar, al ver marchita su faz bella. . .

Y ¡oh si las mustias lágrimas que lloro
en flamíjeros rayos se trocaran,
ya que castigo en vano al Cielo imploro!

Entónces, justicieros abrasáran
á la caterva inmunda de malvados,
y en paz apetecida nos dejaran.

Entónces renacieran los preciados
siglos, en que pacíficos vivian
los hombres, sin rencores, hermanados.

Siglos en que los nombres no se oían
de aristocracia, de interes odioso; . . .
y en que los vicios al nacer morían.

Pero si ya aquel tiempo venturoso
huyera á no volver, por siempre amemos,
Menancio, á la virtud; y al ominoso
vicio infernal sin tregua detestemos.

(Madrid, 1841.)

MI CRIADO Y SU GATO.

I.

¡Maldita tu casta sea,
gatazo de Lucifer!
Como te llegue á cojer
te he arrancar la zalea.
¡Maldito mil veces! . . . ¡Digo!
¡Comerse mis dos pichones,
y á las ratas y ratones
no persigue el enemigo!
¡No, pues como yo le atrape! . . .
Pero ¡qué ruido es aquel! . . .
¡Oh! ¡Voto á mi estampa! . . . ¡Es él! . . .
Y algo está comiendo . . . ¡Zape! . . .
¡Por vida de! . . . Es un conejo . . .
¡Y qué gordo! . . . Entero está.
Déjamele, Mustafá,
y sin castigo te dejo.
¡Déjale! . . . ¡No? . . . Pues por mal
será, si no bien á bien . . .
¡Prun! . . . Toma . . . Sí, vuelve . . . ven . . .
¡Cómo pesa! . . . —¡Miau!— ¡Qué tal? . . .
Ahora sí que te perdono . . .
—¡Miau, miau!— Callaté,
que un pedazo te daré
con tal que mudes de tono . . .
¡Voto al diablo! ¡Es una rata!
¡Puf . . . Miche, miche . . . ¡Ah traidor

¡Huyes? . . . Miche . . . ¡Por mi honor . . .
Miche, miche . . . ¡Patarata!
¡De mí te escapas esquivo?
Si te habia perdonado,
ya, por el chasco pesado,
juro desollarte vivo.

Acércate . . . Miche . . . ¡Toma!
¡Ya te pillé!—¡Miau!— ¡Qué hay?
¡Y ahora? . . . Muere . . . ¡Ay, ay, ay! . . .
Esto ya pasa de broma.
¡Descomunál arañazo!
¡Cáspita, y qué fuerza tiene!
Mejor es que le envenene,
ó le mate de un trancazo.

Si. Cuando durmiendo esté . . .
¡Que me lleva tres sardinas! . . .
¡Ataja! . . . ¡A él! . . . ¡Malas espinas
te ahoguen! . . . ¡Voto á . . . ¡Se fué! . . .
¡Habrá gato mas ladron? . . .
Atrácate de alacranes,
gran demonio, y no te afanes
por comerte mi racion.

Despues que horro está uno
de catar buenos guisados,
¡te engulles de dos bocados
mi cena y mi desayuno! . . .
Pues cuando dormido estés,
garrotazo, y tente perro . . .
¡y si acaso el golpe yerro,
y me embiste? . . . Mejor es . . .
¡Sí! envenenarle es mejor;
y pues que no hay quien le dome,
y pues todo se lo come,
¡muera rabiando el traidor!

II.

No hay escape . . . Ha de morir
aunque pese al farmacéutico,
que no me quiso vender

ni media dracma de arsénico,
 porque esponderlo no puede
 sin receta de algun médico.
 No, pues el gato maldito
 espirará, aunque un ejército
 de gatazos le defienda,
 y aunque me embistan coléricos. . .
 ¿Embestirme? . . . ¡Guarda Pablo! . . .
 No por mi fe, que aun auténtico
 está en mi mano el rasguño
 que, al ahogarle, me hizo el pérfido:
 un rasguño que parece
 un garabato geométrico.
 Mejor es, cuando á mi lado
 esté comiendo, impertérrito
 darle á traicion un trancazo,
 aunque no es de hombres intrépidos
 matar á traicion á otro. . .
 ¿Y eso qué? . . . ¡Muera el misérrimo! . . .
 Que si pudo mas que yo
 mano á mano el gran famélico,
 no por eso me aventaja,
 puesto que soy celeberrimo.
 ¿Y por qué si me ha ofendido,
 le he de perdonar benévolo,
 si es la misma piel del diablo,
 incorregible, y maléfico? . . .
 ¿Yo perdonarle? . . . ¡Locura! . . .
 ¡Cómo ha hecho tan buenos méritos! . . .
 Acia aquí viene miagando. . .
 Llegó de su vida el término. . .
Miche, miche. . . Ya se acerca. . .
 ¡Ay de tí si logro el éxito!—

Gatito Mustafá,
 ven acá.

Miche, michito. . . Así; . . .

ven aquí.

Toma, come, ladron,

sans façon.

Que ya te perdoné

bien se ve. . .

¿Quieres de postre atun? . . .

¡Sí? . . . Pues. . . ¡prun!!!

¡*Miau, miau!* . . .—¡Mejor tino! . . .

Le dividí el espinazo. . .

Por fin, de tu vida el plazo

llegó ya, gato ladino.

¡Descansa en paz ladronazo!!!



SÁTIRA. (*)

No te admires, Andres, si en nuestro siglo
 todos poetas son: siempre la moda
 imperará, aunque en forma de vestiglo.

Y esta que más al gusto se acomoda
 del tiempo actual, en sabios muy profuso,
 seguirla es gran razon. Cual te incomoda

Esa turba de *cisnes* tan al uso,
 me enoja hasta el extremo de aburrirme
 con su rimar sin orden y confuso.

Alcanzo ya cuanto podrás decirme
 por esperiencia suma, pues lo siento:
 mas, ¿dejaré por eso de reirme?

¡Oh majia, oh maravilla, oh gran portento,
 que en nuestra docta edad en un minuto
 poetas mil se forman sin talento!

Del de moda romántico instituto
 un mozalvete sale barbi-raso,
 que apenas sabe leer, y con *buen fruto*

(*) Esta sátira fué escrita y publicada en un periódico de la Habana en 1833. Los versos subrayados son de varios poetas contemporáneos.

Ya compone mejor que Garcilaso.
Tal hay que, lleno de entusiasmo ardiente,
de las reglas no haciendo el menor caso,

En renglones, no versos, diestramente,
de siete y once sílabas, mezclados,
aborta una canción anti-cadente.

Y cual que, los sentidos deslumbrados,
en pesca de vocablos retumbantes
revisa veinte libros abultados.

Y dispuestos por él en consonantes,
aunque carezcan de comun sentido,
ya son versos. ¡Oh versos rimbombantes!

¡Y qué si airado el flechador Cupido
el corazón le llaga rigoroso?

Del *estro divinal* el pecho henchido,

Toma la lira, y luego en amoroso
canto prorumpe, á cuyo triste acento
lloran las palmas. ¡Númen prodijioso,

Que como el Tracio, mueve á sentimiento
los árboles que lloran con tristura,
y *acompañan al vate* en su tormento!

Otro, tal vez con *fama ya segura,*
de lauro Minerval la sien orlada,
al ver la huella de la edad futura,

Tañe diestro la cítara dorada. . .

Por escuchar su acento peregrino,
el grave Moratin la tumba helada

Deja, admirando sucesor tan dino
de nombre ilustre y remembranza honrosa. . .—

¡Oh majía de un lenguaje asaz divino!

¡Oh gran fuerza del arte poderosa!
¡Quién ya podrá esquivarte? ¡Quién, dotado
de habilidad tan grande y prodijiosa,

Con *fuego divinal*, arrebatado
la cítara no pulsa encantadora,
y al Pindo se remonta entusiasmado?—

Mas ya el acento suelta, que enamora
al mismo Apolo, un *cisne* esclarecido;
un cisne que á su patria mucho honora.

¡Oh cisne entre los cisnes distinguido!
canta el estro fulminio que te escita,
y calle, calle el que cantára á Dido. . .

¡No le escuchas, Andres? ¡No te palpita
de gozo el corazón? En este instante
¡á improvisar su númen no te incita? . . .

Dame presto la cítara sonante,
que un volcánico ardor el pecho mio,
de ignota llama, enciende devorante.

Yo cantaré con tan hercico brio,
que, eclipsando su fama y gloria suma,
ejerceré sobre ellos poderío.

Y antes que Levitina me consuma,
al céfiro daré bellas canciones,
que al Pindo se alcen como leve pluma.

Grande asombro será de las naciones
mi cítara, armoniosa á maravilla;
mudando á mi placer los divos sonos.—

De mi dulce, adorada pastoreilla
cantaré de los dientes la blancura,
y *el carmin* refuljiendo en su mejilla.

Diré que á Venus rinde en hermosura,
que es nítida sin par, sin par graciosa;
que es dechado de amor y de ternura.

Diré que es del Olimpo escelsa diosa:
que Júpiter por ella anda perdido,
cual por Europa anduvo desdeñosa.

Mas ¡qué cuando celebre el pié pulido,
las blancas manos y el esbelto talle,
donde mil almas prenderá Cupido?

Diré que no es posible en ninfa se halle
de tanta perfeccion igual conjunto,
que se gozan los ojos de miralle.—

¡Oh de mi docta líra grave asunto,
tan solo reservado á mi talento!
¡Cuántos elojios ya, cuántos barrunto!

¡Oh amado Andres! Parece que siento
de sabios juntos ronca vocería,
que dice:—“Déle Apolo digno asiento.”—

Mas si muerta á mi amada, en Elejia
tengo que lamentar, como otras veces
no alegre sonarás, cítara mía.

Diré apenado entonces:—Hasta las heces
dame que apure el cáliz corrosivo
¡oh Jenio del dolor! que al triste ofreces.

Mi duelo habrá de ser tan excesivo
que recuerde el del músico de Tracia,
con aquel de Lucrecia tan activo.

Y delirante en medio á mi desgracia,
diré, que á mi beldad, parca sedienta
le priva el ser y en su licor se sacia.

Al recordar el alma turbulenta
de la amiga cordial, ¿quién insensible
dejará de sentir mi pena cruenta?

Todos la llorarán, todos. . . Terrible
clamor levantarás al Firmamento,
sacro reino de paz inestinguible.

Mi amiga en la estension del pensamiento,
mirará desde allí nuestra agonía;
oirá nuestro tristísimo lamento.

Y cual se aumenta tempestad umbria
al sibilante y furibundo noto,
así se aumentará la pena mía.

Haré de corazon solemne voto
de no cantar jamas tiernos amores,
el dulce plectro para siempre roto.

Ni cortaré del campo bellas flores
para adornar su nítido cabello,
que oscurece del sol los resplandores.

No admiraré tampoco el albo cuello;
ni veré su presencia soberana,
ni el nacarado pié, sucinto y bello. . .

¿Rieste de gozo, Andres? Si te entra gana
de ser *cisne* tambien de nombradía,
delira, y lo serás, una semana.—

Yo versista seré de tal valía,
que cuanto baña el sol resplandeciente
corto asunto será á mi fantasía.

Mi fama volará de jente en jente:
los filósofos todos, uno á uno,
ante ella inclinarán la adusta frente.

Y cuando, con rigor inoportuno,
el Cielo ponga término á mis dias,
lamentarán mi muerte de consuno.

Escribirán tambien NECROLOJIAS,
do anunciarán mi edad, patria, y virtudes;
que impresas correrán por varias vías.

Y espero, caro Andres, que les ayudes
á eternizar mi fama y claro nombre,
encomios inventando, aunque trasudes.

Dirás, querido Andres, que fuí buen hombre;
buen amigo, buen padre, buen esposo;
y, aunque tanto mentir al mundo asombre,

Dirás que del bien público celoso
fuí siempre: que no quise interesarme
cuando presté servicio al poderoso.

Con todo aquello, en fin, que pueda darme,
á pesar de la envidia, escelsa gloria,
que empezará al momento de enterrarme.

Y para hacer más grata mi memoria,
yo desde el otro mundo, agradecido
te enviaré una cancion gratulatoria,
que eternice mi *nombre esclarecido.*



A ***

¿Flores pedís? ¡y en invierno!
Marquesa, ¿de mí os burlais,
ó por fortuna anhelaís
que el ánima os dé por flor?
Bien sabeis que puro y tierno,
desde que os ví tan hermosa,
como en el jardin la rosa
se anida en ella el amor.

Bien sabeis. . . Pero si flores